

Á pesar de las depredaciones y saqueos de las casas religiosas y objetos sagrados, la república sentía una escasez de recursos que le era mortal.

El empréstito forzoso que había decretado se cubría con inmensas dificultades, ó mejor, no podía de ningun manera hacerse efectivo. Las amenazas decretadas por el Ministro de Hacienda ponían en evidencia la falta de popularidad de la república; por otra parte, ¿cómo podía cimentarse el crédito en una situación que un día y otro día echaba á la calle bonos sin garantía correspondientes á millares de millones?

Mas, salgamos ya por breve tiempo de Roma; emprendamos una rápida excursión por la Península italiana, y tracemos á grandes rasgos el cuadro que ofrecían los pueblos de aquella region tan privilegiada por el Señor: examinemos la situación de la Italia en aquel período histórico.

## CAPÍTULO XXVI.

### SITUACION DE LA ITALIA DESDE MEDIADOS DEL AÑO 1846

HASTA LA INTERVENCION DE LAS POTENCIAS CATÓLICAS EN ROMA.

LA Italia ha sido en todo tiempo teatro de la mas viva agitacion. Existe como encarnado en ella un gérmen de division profunda. Remontándonos á la época del imperio romano, encontramos diseñadas las trascendentales diferencias que debían estallar á la caída de aquel régimen sobre cuyas impotentes ruinas no pudo levantarse edificio nacional sólido y robusto como otros pueblos en otras regiones levantaron.

Campo escogido para dirimirse los grandes litigios del Oriente y del Occidente, la Italia recibía simultáneamente en sus respectivos miembros sentimientos é inspiraciones opuestas, segun el carácter y los intereses de los poderes con que se familiarizaban.

España, Francia y Austria se han disputado con torrentes de sangre, como dice Balmes, los pedazos de aquel país siempre descoyuntado.

Venecia, Génova, Roma, aunque enlazadas por la unidad de creencia y de idioma, se han considerado bastante ricas en tradiciones, bastante robustas en fuerza y bastante elevadas en destinos para constituir pueblos independientes en su legislacion y en su comercio. Y en efecto, aunque reducidos en poblacion y de limitadísimas fronteras, los pueblos italianos dieron en determinadas escenas históricas pruebas suficientes de valor.

No ha sido en Italia la falta del sentimiento de independencia la que ha impedido la constitucion de la unidad nacional; al contrario, la exuberancia de aquel noble sentimiento, la pretension de hacerse independiente hasta respecto á la gran masa italiana, ha hecho que cada pueblo se reputara una nacion, y que la multiplicidad de las naciones italianas redujera á un valor nominal la verdadera nacionalidad.

Las pretensiones de los diversos fragmentos de Italia hubieran causado la definitiva desaparición de esta, á no haber existido el poder temporal de los Pontífices.

«La Santa Silla, dice Julio Zeller, escritor no sospechoso de fanatismo, no permitió jamás que una invasión general se extendiese por toda la Península; opuso siempre invasión á invasión, reino á reino... Leon I detuvo en su carrera, y en el siglo V, á los hunos idólatras, y Leon IV, en el siglo IX, á los secarios de Mahoma.

«No debe olvidarse que si en el siglo XVI la Península no perdió independencia, nacionalidad, ciencias y artes; si no fue borrada del número de las naciones, es á la Santa Silla, á ella sola á quien lo debe. La casa de Austria no se detuvo sino delante de Roma, la decadencia no respetó sino el Vaticano. La Santa Silla ha sido el último Estado gúelfo; Pablo IV resiste todavía cuando todo está sometido (1).»

En Italia ha habido constantemente planteada una cuestión legítima y ruidosa, sin que sus pueblos hayan conseguido hasta el presente bastante luz y decisión para resolverla; es la cuestión de la independencia nacional, á la que, como acabamos de indicar, los Papas han consagrado su temporal influencia.

«La Italia ha tenido bastante espíritu de nacionalidad para no ser extranjera, dice el citado Balmes, pero demasiado poco para crear esas grandes unidades que vemos en Austria, Francia, Inglaterra, España, y últimamente en Rusia y Prusia.»

El triunfo de la independencia nacional, *desideratum* honroso de los verdaderos italianos, ha sido el móvil de acciones generosas, sirviendo al mismo tiempo de cebo á las pasiones turbulentas.

La emancipación de los Estados-Unidos y la revolución francesa electrizaron el ánimo de los italianos, encendiendo en ellos el anhelo creciente de alcanzar su soñada nacionalidad. Por desgracia no fueron todos rectos los caminos que para llegar á su noble fin se trazaron los ardientes patriotas.

Nadie sostendrá que sea método á propósito para cimentar una nacionalidad cualquiera el borrar y destruir las más hermosas tradiciones y recuerdos que caracterizan su historia.

La historia de la Italia es la de la fe, en cuya defensa y propaganda se glorificó en todas épocas aquel gran pueblo.

Pues bien, los cooperadores de la racionalista revolución francesa creyeron que el ateísmo sería un elemento oportuno para precipitar la constitución del pueblo que, por ser el más fiel guardador del arca de la santa fe, puede calificarse oportunamente de nuevo Israel.

La irreligión no había de alcanzar otra cosa que disolver los elementos de la nacionalidad expectante, estableciendo una lucha enérgica entre las fuerzas que aunadas y dirigidas estaban llamadas á colocar á la Italia en posición de cumplir los destinos que en la historia la Providencia le señalara.

Nunca por medio de la anarquía llegará á fundarse un orden respetable: las máximas y sentimientos disolventes, puestos en incubación desde principios del actual siglo en aquella península, estuvieron bastante maduros en 1846, cuando lograron formar un cuerpo organizado de doctrinas y de fuerzas al que se le tituló: *La joven Italia*.

La organización que así se llamaba á la vez sistema filosófico, partido po-

(1) *Historia de Italia* por J. Zeller, Prólogo.

lítico y secta antireligiosa, fue á la vez simultánea negación de cuanto se necesita afirmar para sostener la existencia de las naciones, y á mayor abundamiento, para crearlas ó constituir las.

Mazzini, que sin duda es uno de los más fecundos genios de la sociedad contemporánea, formuló las instrucciones y medios que se han leído en el capítulo sobre *los principios del pontificado* de Pio IX.

En consecuencia de la propaganda de las máximas disolventes en aquel documento expuestas y metodizadas, la Italia, dirémos con el vizconde de Arlincourt, se halló envuelta en una red de traiciones y maldades: los asesinatos políticos se ejecutaron en diversas partes; el director de policía en Módena, el prefecto de policía en Nápoles, el legado de Ravena, Sessing en Zurich, los generales de La Tour, de Anverswald, de Lemberg y de Lignowski; más tarde el conde Rossi y otros menos conocidos, fueron condenados á muerte y heridos por las misteriosas asambleas.

Al morir Gregorio XVI todos los elementos de explosión estaban acumulados; uno de los principales focos de peligrosa emancipación, ó más exactamente de corrupción nacional, se hallaba en

#### EL PIAMONTE.

Empuñaba las riendas de aquel pequeño Estado un soberano que en su juventud no vaciló en afiliarse á la secta de los carbonarios. Cuando no era más que el príncipe de Carignan, púsose al frente de los insurrectos lombardos, manifestándose ya entonces lo que fue en todo el resto de su vida, esto es, según un concienzudo escritor lo define: ambicioso irresoluto, demócrata caballeresco y realista revolucionario.

Si su espíritu democrático le empujó á sostener la bandera de la rebelión en su propio país, su oscilante ambición le hizo inconsecuente, llevándole á combatir la libertad en España.

Ningún príncipe llevó tan allá como el de Carignan la demostración del escepticismo político y la venalidad de la espada. Dotado de personal valor, quiso convertir sus cualidades en medios de explotación. Combatiendo á los absolutistas en Vercelli y á los liberales en el Trocadero, dió testimonio de que era un mismo soldado en ambos teatros, aunque dos políticos diametralmente opuestos en una misma persona.

Cuando en 1831 llegó á sentarse en el trono del Piamonte, los carbonarios, sus antiguos colegas, le perdonaron con interesada misericordia sus modernos errores, y se postraron á sus plantas, mendigándole el auxilio de su poder y de su influencia en pro de *La joven Italia*, que ya en aquellos días iba formulando clara y concretamente sus aspiraciones.

Empero el antiguo neófito de la demagogia ceñía ya corona y empuñaba cetro; ¿qué podían darle más las sociedades secretas? Acogióles con el indiferentismo del industrial que no ve ganancia alguna en las propuestas de un corresponsal desacreditado.

Más cuando, á vuelta de rápidos é inesperados acontecimientos, vió Carlos Alberto que si los carbonarios no podían darle más que un cetro y una corona, podían no obstante ensanchar las fronteras de su reinado, que era estrecho para su desmesurada ambición, dió oídos á las propuestas de Mazzini, que le ofreció colocar su trono sobre la Italia entera, si poniendo á un lado añejos escrúpulos consentía en secundar los planes de los peninsulares agitadores.

El rey de Nápoles, Pro IX y el duque de Módena habian rechazado antes igual ofrecimiento, por no parecerles digno de soberanos fundar el engrandecimiento sobre innobles transacciones de principios, y tan despreciable conculcacion de ajenos derechos.

Las ovaciones populares que le dispensaron los carbonarios congregados inclinaron su régio ánimo, é impulsaron su brazo á alargarse en apoyo de *La jóven Italia*. Sus labios sellaron en 1847 la alianza de su trono con el club. *La Italia farà da se*, dijo, y los conjurados contra todas las monarquías aplaudieron.

Cárlos Alberto se colocó frente el movimiento insurreccional de la provincia, declarando la guerra al Austria, que estaba con él en la mas completa paz.

Al levantarse Turin en favor de la unidad italiana, los demagogos exclamaron: «*Hè ahí la estrella de los Magos*; ella nos acompañará á la redencion.»

Numerosos ejércitos se congregaron á la sombra de la bandera piamontesa, que sin embargo no ostentaba en su campo lema alguno decidido. ¿Cuál era el pensamiento político del rey de Saboya? ¿En qué forma pretendia realizar la unidad italiana? ¿Quería la unidad monárquica? ¿Quería la confederacion unitaria? ¿Quería la república? Probablemente Cárlos Alberto no tenia su programa formulado.

«Nadie comprende, escribió un historiador, nadie comprende sus intenciones y deseos. Está en correspondencia secreta con el Austria, secreta con el Papa, secreta con el rey de Nápoles, secreta con *La jóven Italia*;» y junto á las murallas de Ancona el príncipe de Canino decia de él al general Pepé: «Es de fe muy dudosa.»

Juzgando su conducta el conde de Arlincourt escribia: «Cárlos Alberto tiene caricias para todos los partidos, espantos para todas las revoluciones. Ambiciona las conquistas y teme las batallas, su valor es indisputable y su espada permanece inactiva; notoria es su piedad, y mira como un peligro sostener la Religion. Todos los partidos le ensalzan en público, mas todos le juzgan sospechoso en secreto. No es monarca ni pueblo; no es incrédulo ni creyente, y como ante la púrpura que tiene en perspectiva no es el derecho ni el hecho, caerá por uno y por otro.»

El 28 de marzo de 1848, gracias á un arranque extraordinario en él, se decide: «¡Italianos! dice á los habitantes de Lodi, vengo solo, yo solo para llevar á cabo la grande obra de la independencía italiana. En breve nuestra patria se verá libre de la dominacion extranjera. Valientes compatriotas, ¡á las armas!»

La inauguracion de la guerra fue favorable á las enardecidas huestes de Cárlos Alberto.

Milan es evacuado por los austríacos, que ven aplastadas las águilas altivas del imperio en Pastrengo, Santa Lucía y Goito. Peschiera se rinde, la Lombardia entera aclama á Cárlos libertador del pueblo, y finalmente el emperador de Austria, sobresaltado por los rápidos triunfos de sus enemigos, se manifiesta inclinado á celebrar una paz sobre la base de la cesion de la Lombardia al Piamonte bajo determinadas condiciones. Mas el rey de Cerdeña no se decide.

La consigna que da á su ejército es «Adelante,» no observando que adelante tiene por un lado un ejército austríaco, reforzado é instruido, y por otro

Mazzini y la demagogia, que están declamando contra la tiranía militar del vencedor.

La fortuna le volvió la espalda.

Vicenza, Somma, Campagna y Custoza fueron testigos de las desgracias del ejército piamontés. La victoria sonreía entonces al Austria. De derrota en derrota Cárlos Alberto llegó á la capitulacion del 4 de agosto.

La nueva del armisticio la recibió con indignacion el pueblo de Milan.

«¡Traicion, traicion! exclamaban frenéticas las muchedumbres; *quememos el palacio Greppi*, donde se aloja el traidor,» decian irritadas.

Al oír el estruendo de las olas populares que batian las puertas de su régio alcázar, Cárlos Alberto se asoma al balcon, y dirige al pueblo unas cuantas palabras vigorosas: «Milaneses, si mi capitulacion os disgusta, la anulo al instante; si lo exigís, combatamos; yo me sepultaré con vosotros en las ruinas de la ciudad.»

Los hombres menos apasionados decidieron que el Rey capitulara; empero al saber las muchedumbres que la capitulacion era un hecho, decidieron á su vez atentar contra la vida del Rey. En vano quiso arengar de nuevo al pueblo; este que se creia vendido hizo fuego contra él, dejando acribilladas de balazos las paredes exteriores del palacio.

Graves riesgos corrió en su furtiva evasion el que, como hace oportunamente notar el autor de *La Italia roja*, habia visto pasar por delante de sus ojos, bien así como fantásticas nubes, la corona de hierro de los lombardos, la antigua vesta de Carlomagno, el gorro ducal de Venecia, los cetros de Parma y de Módena, la púrpura de César Augusto y la diadema de Sicilia.

No se renuncian, sin embargo, fácilmente ilusiones tan lisonjeras. Cárlos Alberto, que habia soñado obtener la gloria del libertador, no podia resignarse á la ignominia de la dependencia forzada.

Así es que durante el armisticio celebrado en Milan trabajó asiduamente en reorganizar el ejército y en disponerlo para una nueva, que habia sin duda de ser definitiva campaña.

El rey del Piamonte denunció al Austria el armisticio, anunciándole en fecha 12 de marzo que iba á empezar otra vez las suspendidas hostilidades.

Para justificarse ante la Europa dirigió á las potencias el manifiesto que va á leerse, y que no carece de importancia histórica:

«El Gobierno sardo á las naciones civilizadas de Europa.

«El Gobierno sardo, obligado á seguir la línea de conducta que le trazó el año pasado el voto de los pueblos italianos, resueltos á conquistar su nacionalidad, apela confiadamente á la opinion de Europa para conseguir que sus intenciones y actos sean apreciados con justicia.

«Es inútil recordar el origen y la marcha de la revolucion italiana, la cual fue efecto de causas acumuladas de antiguo y maduradas por el tiempo y por los progresos de la civilizacion. Su primer grito, su primer voto fue la reintegracion de la independencía nacional. El objeto que se propuso en sus diversas fases fue destruir los obstáculos que se oponian á la realizacion de este deseo. Estos obstáculos se resumen todos en la dominacion austríaca en las provincias del Lombardo-Véneto, y en la influencia mas ó menos directa que dicha nacion ha querido ejercer en los diversos Estados de la Península. Por lo tanto era natural que la revolucion italiana viese en el Austria su principal enemigo y reuniese contra ella todos sus esfuerzos.

«Los Gobiernos italianos, aunque hubiesen querido, ¿podían desconocer este voto de la revolucion italiana? Las consideraciones mas graves hacen creer que no podían desconocerlo, entonces menos que nunca. Los pueblos que acababan de obtener de sus Gobiernos instituciones liberales, cuyo deseo y cuya necesidad se manifestaban hacia mucho tiempo, experimentaban, con el sentimiento de un amor enérgico por la nueva libertad, un sentimiento no menos enérgico por la independencia nacional, persuadidos de que no habia verdadera libertad sino sobre las bases de la independencia.

«¿Debian oponerse los Gobiernos á los votos unánimes de los pueblos por miramientos á los pretendidos derechos del Austria? Estos derechos se fundan en la posesion y en los tratados. En cuanto á la posesion, siempre puede examinarse su origen; con respecto á los tratados, es necesario examinar cómo se hicieron y cómo se han observado.

«Ante todo es necesario considerar los orígenes diversos de la posesion austríaca en el reino Lombardo-Véneto. No puede admitirse que Austria quiera resucitar los antiguos derechos que los emperadores de Alemania pretendian tener sobre Italia. Estos derechos, aun admitiéndolos bajo el concepto histórico, han sido completamente destruidos por las mismas estipulaciones en que Austria podría apoyarse ahora para sostener sus pretensiones.

«Reproducir ahora los títulos del Austria á la posesion de aquellas provincias seria renovar la cuestion sobre la legitimidad de la reversion de los feudos al imperio; seria recurrir á los principios de una jurisprudencia que ha caido en desuso para resolver una cuestion palpitante de actualidad; y si se trata de las provincias que formaban antes las posesiones de tierra firme de la república de Venecia, el derecho de Austria sobre estos países parece que solo se funda en esos actos arbitrarios que la conciencia pública ha condenado siempre como contrarios á todas las reglas de la justicia y de la equidad, actos de los cuales resultaba casi siempre que dos grandes potencias, despues de apoderarse de un pequeño país, lo dividian entre sí como compensacion de territorio.

«El Gobierno sardo, que cree por una parte que los Gobiernos italianos no deberian reconocer al Austria el derecho de conquista, cree tambien que no deben considerar al Austria fundada en las pretensiones que se arroga con arreglo á los tratados. Seria inútil recurrir á los tratados antiguos, por cuanto han perdido toda su fuerza en virtud de las disposiciones subsiguientes que los habian alterado profundamente; y en cuanto á los tratados de 1815, á los cuales se refiere principalmente el Austria, ahora, como entonces, no se ha separado del espíritu de su política, que consiste en absorber las diversas nacionalidades de sus Estados.

«No hay necesidad de indicar que el Austria invoca los tratados de 1815, despues de haberlos quebrantado con la violenta ocupacion de Cracovia, contra la cual se oyen todavía las protestas de Europa. Además, si los tratados deciden las cuestiones pendientes entre los pueblos, no pueden decidir igualmente de la existencia de los mismos pueblos, porque no pueden borrar el idioma y la historia, y hacer que un hecho pasajero, resultado de la fuerza bruta, se sostenga perpétuamente contra las leyes dictadas por la naturaleza y la Providencia. La Italia debe existir por sí misma, no en la geografía y en la estadística, sino en el congreso de las naciones civilizadas.

«El Gobierno sardo no niega la responsabilidad que tiene por haber em-

pezado la guerra de la independencia italiana; al contrario, se honra con haber tenido el valor suficiente para emprender una obra tan arriesgada. Sabia que al emprenderla correspondia á los deseos de los pueblos y trabajaba en favor de la causa mas santa del orden social y de la humanidad. Todos los Gobiernos de la Península se hallan de acuerdo con él, todos habian suministrado su contingente para la guerra, y todos han probado tambien que la independencia de Italia era el voto de todos los italianos.

«El Gobierno sardo, el primero que emprendió la guerra, no consultando sino el derecho y el voto de la nacion, ha contraido el deber mas riguroso de continuarla, principalmente desde que la fusion de las provincias lombardo-venecianas y de los ducados con los Estados sardos, fusion unánimemente deseada por las poblaciones, le impuso el deber de defender y libertar á los países que eran teatro de la guerra. Secundado con nobles esfuerzos y por inmensos sacrificios, despues de obtener las primeras victorias en el campo de batalla, quedó solo en un terreno donde las pasiones poco nobles habian sembrado ya la discordia. Llegaron dias de desastres; y la Cerdeña, abandonada por la fortuna, tuvo que ceder á las circunstancias. Entonces se concluyó el armisticio entre los dos ejércitos.

«Francia, á la cual el Gobierno sardo habia pedido los socorros prometidos á los pueblos que deseaban reconquistar su nacionalidad, propuso á su vez una mediacion de acuerdo con Inglaterra; mas apenas la Cerdeña por deferencia á estas dos grandes potencias y por amor á la paz, hubo aceptado la mediacion, el Austria empezó á manifestar que no tenia un deseo sincero de que se hiciese un arreglo honroso, y que solo queria aprovechar el armisticio y la mediacion para restablecer sus fuerzas y poder reconstituir su imperio desorganizado. Este era el verdadero pensamiento de la política de Austria desde el 9 de agosto en adelante; este fue el motivo de todas las tergiversaciones patentes ó simuladas con las cuales se burla hace mas de siete meses de la buena fe de Cerdeña y de las potencias mediadoras.

«Austria ha violado de varios modos las estipulaciones expresas del armisticio y la condicion internacional de los países que solo debia ocupar militarmente con arreglo á los artículos del armisticio y al sentido mas natural de la mediacion. Las ha violado reteniendo el parque del sitio de Peschiera, so pretexto de que las tropas sardas no habian salido de Venecia, pero en realidad con objeto de impedir que Cerdeña volviese á empezar la guerra. Las ha violado bloqueando á Venecia por mar y tierra, aunque esta ciudad sancionó la suspension de las hostilidades. Las ha violado restableciendo en el poder al duque de Módena, y dictando actos gubernamentales en las provincias lombardo-venecianas y en los ducados. Las ha violado imponiendo exorbitantes contribuciones de guerra á los refugiados, dictadas por la cólera y el odio, y dando á los emigrados la orden de volver en un plazo fijo á sus hogares, so pena de confiscacion de bienes. Las ha violado con su decreto de 5 de enero de 1849, en el cual el comisario imperial mandaba se enviasen diputados á Viena para la reorganizacion de las provincias lombardo-venecianas. Las ha violado con todas esas leyes arbitrarias, con esas protestas péfidas con que quiere persuadir á todos que la revolucion se ha ahogado completamente en las provincias que ocupa, y que en ellas solo reina una viva simpatía por el antiguo orden de cosas. Las ha violado hollando los derechos eternos que rigen á todas las sociedades, y permitiendo al feld-mariscal, comandante en

jefe, y á sus tenientes en los países ocupados militarmente, recurrir á la fuerza bruta, á la rapiña y á las medidas insolentes que agotan la paciencia de los hombres mas sufridos.

«La Europa oyó horrorizada la relacion de estos hechos, y preguntó cómo podian cometerse tan grandes excesos en la época actual por un Gobierno que se suponía colocado á la altura de las ideas de nuestro siglo.

«En semejante estado de cosas el Gobierno sardo debió examinar seriamente su posicion bajo el punto de vista del derecho y de los hechos de sus relaciones con las potencias mediadoras, y del estado general de Italia, para deliberar sobre el partido que su honor y sus títulos mas legítimos le debian aconsejar que adoptase. Por una parte examinó su derecho y sus deberes de defender á los pueblos que se habian unido á los de los Estados sardos y sus votos unánimes en favor de la independencia italiana; por otra parte consideró todas las persecuciones sufridas desde el 9 de agosto por las poblaciones lombardo-venecianas y de los ducados, y los sacrificios inmensos hechos por el Estado durante este período, que han hecho pesar sobre él todos los gastos de la guerra sin proporcionarle ventajas ni esperanzas. Sobre todo tomó en consideracion las manifestaciones espontáneas de las poblaciones que le pedían que sacase al país de la incertidumbre y mantuviese la proclamada union de los pueblos lombardo-venecianos y de los ducados con Cerdeña.

«El Gobierno sardo reconoció tambien que sus miramientos para con las potencias mediadoras no podian llegar hasta el punto de imponer á Cerdeña el sacrificio de su honor y de su salvacion, y está persuadido de que la sabiduría de estos Gobiernos y la generosidad de sus países habrán conocido que la obra amistosa de la mediacion no podia ser considerada por Cerdeña sino como un beneficio aunque de ningun efecto; de otro modo esa mediacion no habria sido un mérito por su parte, ni un título al reconocimiento de la Cerdeña.

«El Gobierno sardo ha creído que no habiendo el Austria adoptado ninguna base de mediacion, y habiendo declarado en actos públicos y oficiales que no queria ceder en nada de lo establecido en los tratados de 1815, ni renunciar á ninguna parte de los países poseidos por ella en virtud de dichos tratados, faltaba evidentemente al objeto de la mediacion. Ha pensado que si Francia é Inglaterra toleraron que Austria hiciese tan poco caso de la mediacion, no podrian tampoco ofenderse si Cerdeña adoptaba el partido de volver al estado en que se hallaba antes de la intervencion amistosa de ambas potencias, principalmente si se tiene presente que durante todo este tiempo se mostró constantemente leal.

«Ha creído, por último, que Francia é Inglaterra, y todas las naciones civilizadas, no desconocerán lo noble y generoso que es para un Gobierno y para un pueblo arrostrar los peligros de la guerra contra uno de los Estados mas poderosos del mundo con objeto de reconquistar la independencia nacional, y libertar á una parte de sus hermanos de la cruel opresion.

«Después de haber considerado todas las eventualidades, y de haber examinado las causas lejanas y próximas de los últimos sucesos, el Gobierno sardo queda completamente convencido de que salir de la situacion actual no es menos necesario para la alta Italia que para toda la Península, y que obrar de otro modo seria exponer á graves peligros las condiciones mas esenciales del orden político y social.

«En vista de estas consideraciones, el Gobierno sardo ha conocido que no le quedaba otro partido que adoptar sino el de la guerra, y lo ha adoptado.

«Después de tantas y tan flagrantes violaciones del armisticio cometidas por el Austria, la Cerdeña, cuyos poderes constituidos no han reconocido ni ratificado este armisticio, tenia derecho á prescindir de la formalidad de denunciarlo. Pero ha renunciado á este derecho, queriendo demostrar hasta el fin su respeto por las costumbres reconocidas como inviolables entre las naciones civilizadas.

«El 12 de este mes el Gobierno sardo ha denunciado al Austria la conclusion del armisticio.

«La Europa juzgará entre ambos Gobiernos. La Europa dirá si por una parte se podia llevar mas lejos el respeto por un contrato impuesto por las circunstancias, la paciencia y la longanimidad, y por la otra la violencia, las infracciones y el insulto. La Europa no rehusará sus simpatías, en la lucha que va á empezar, á la parte que va á combatir por los derechos imprescriptibles de los pueblos, y por la santa causa de la humanidad.

«El Gobierno sardo toma como testigos de la justicia de su causa á todas las naciones civilizadas; apela á las altas potencias que ya le han prestado generosamente sus buenos oficios; apela á todos los pueblos que antes y ahora han combatido ó combaten todavía por la independencia y saben lo amarga que es su falta, lo difícil que es su conquista; apela á la misma Alemania, cuyas relaciones de idioma, de vecindad y de costumbres con el Austria no deben hacer olvidar lo hostil que se muestra esta potencia á la recomposicion de una fuerte nacionalidad alemana. Apela por último, y con mas ardor y confianza, á las poblaciones de la Península itálica, que, á pesar de las faltas y de los errores de los siglos pasados, se hallan todas siempre unidas por los recuerdos, por los sentimientos, por las esperanzas y por el corazón.

«La guerra de la independencia nacional vuelve á inaugurarse. Si no empieza con auspicios tan favorables como el año pasado, la causa es siempre la misma. Esta causa es santa como el derecho que tienen todos los pueblos de poseer el territorio en que Dios les ha colocado; es grande como el nombre y los recuerdos de Italia. Los votos de Italia nos acompañarán á esos campos de batalla donde el ejército subalpino, con su rey magnánimo y con los valientes hijos de este mismo rey, dió pruebas tan grandes de valor, de constancia y de intrepidez; donde nuestros hermanos de Lombardía, de Venecia y de los ducados sufrieron durante siete meses los ultrajes mas crueles, las mas indignas vejaciones.

«Si, tenemos la noble confianza de que vengaremos los dolores de la patria, de que libertaremos toda la porcion de la Italia que sufre el yugo del extranjero, de que emanciparemos á la heroica Venecia, y de que aseguraremos para siempre la independencia italiana.»

No deseaba otra cosa el Austria que el imprudente paso dado por el Rey del Piamonte. El general Radetzki lo notificó á sus tropas en la proclama que sigue:

«¡Soldados! Se han cumplido vuestros mas ardientes votos; el enemigo nos ha denunciado el armisticio. Por segunda vez extiende la mano sobre la corona de Italia; pero debe saber que seis meses no han alterado en nada vuestro valor y vuestra fidelidad hácia vuestro emperador y rey. Cuando salisteis de las puertas de Verona, y marchando de victoria en victoria arrojásteis al ene-